

Silvia, in memoriam

FABIÁN LAESPADA

Silvia tenía seis años y acababa de pasar el día con su primo pequeño Borja, en la piscina, disfrutando de su niñez, del verano, de los padres, de la vida. Hacia las ocho y media de la tarde de aquel día de agosto, repentinamente, sin previo aviso, cien kilos de tytadine estallaron bajo el balcón de su casa. Tan cerca que quedó destrozada. La pequeña Silvia murió camino del hospital y Borja tuvo la suerte de salvar su recién estrenada vida. Además, Cecilio Gallego, que andaba por las inmediaciones, también resultó muerto al salir despedido varios metros por la deflación. Un horror. Ya han pasado trece años

y, sin embargo, tan solo han pasado trece años. El dolor en sus familias no se mitiga con el mero paso de los meses y años. Menos tiempo ha transcurrido –solo tres años– desde que un tribunal juzgó a los asesinos, dos chavales que ya venían de poner otra bomba en otra localidad del Mediterráneo y de haber asesinado en Leitzza a José Javier Múgica. Toda su intervención en los juicios se resumió en la negativa a reconocer un tribunal que es contrario a la lucha por la libertad de Euskal Herria. Ellos son los asesinos. Pero detrás había una cobertura de legitimación, de consentimiento e incitación al uso de aquella violencia. En aquel 2002, un

parlamentario de la izquierda abertzale afirmó: «El asunto no es condenar las acciones de ETA. ETA no es el promotor de la lucha armada por capricho, sino la organización que ve la necesidad de utilizar todos los instrumentos para hacer frente al Estado». Y tan ricamente. Yo, por mi parte, creo que no podemos avanzar en la buena dirección si la izquierda abertzale no se pone de una vez a revisar críticamente su pasado. No vale encerrarse en un santuario o en una herriko remota y rasgarse un poquitín las vestiduras en privado, no. Si toda su trayectoria y todas sus afrentas han sido públicas y con luz y taquígrafos, su posible lectura auto-crítica deberá ser en abierto. Lo ha dicho hace unos días claramente una persona que ha sufrido en sus propias carnes el desgarramiento del asesinato de su marido: la izquierda abertzale es responsable de la perduración de la violencia. Yo iría un poco más allá: es responsable directa por ser chivata de muchos objetivos que la banda culminó. Toñi, la madre de Silvia, esa niña de seis años asesinada, declaraba que le han roto la vida para siempre, que le han amputado el alma y el corazón. Solo pide justicia. ¿Qué dice hoy esa izquierda abertzale ante ese dolor y esa petición?